

HOJAS DE PAPALAGUINDA

Por Antonio PEREIRA

A "El Diario Palentino -El Día de Palencia" se le ha subido la sangre a la cabeza. (Sábado 15 de diciembre, número refundido 10.024). Desvelemos la metáfora: Por excepción me parece- en su talante sosegado, la cabecera ha corrido un poco más abajo para dejar lugar preferente, en tinta roja y espesa, al titular de "La FASA, en Palencia". Luego vienen textos e ilustraciones gráficas. Hay una estupenda fotografía de Luis, con el obispo y demás autoridades levantando las copas; y digo que es estupenda porque pocas veces he visto tan clara y lograda, burbujeante estampa de la alegría. Cuentan que a esa misma hora empezaba el volteo de campanas en el aldeaño Villamuriel de Cerrato, mientras grupos de jóvenes del plantel de Extensión Agraria, súbitamente transferidos al entusiasmo industrial, anunciaban con gritos estentóreos la ubicación, en el pueblo, de las dos nuevas factorías de Fasa-Renault.

Yo he sentido emoción con esta noticia, porque renueva en mí un viejo enfrentamiento interior: El temor (quizás egoísta) de que vayan a derribarme los mitos más queridos, y el deseo (obvio desde un mínimo sentido moral) de que los pueblos crezcan y desenvuelvan su vida, y los salarios, y la renta per cápita... Dura pugna, la del corazón repartido.

Al viajero que cruza la Tierra de Campos le impresiona la figura ingente del Cristo del Otero, alerta en un pastoreo de llanuras pardas y de casas de adobe. El escultor talló esta piedra con la intención de incorporarla al paisaje. Así, el Cristo del Otero es un Cristo sobrio, imponente: más apto para sobrecoger que para emocionar. Bajo la guardia de sus brazos vive Palencia su vida burguesa y provinciana. Ninguna otra ciudad podría citarse como ejemplo mejor de lo que representa este último adjetivo, sinónimo de apacible, con un sonar de relojes lentos y un aroma de muchachas aprendiendo la vida y un poco también el Amor - bajo los árboles del Instituto.

Por esta gracia especial de Dios, siempre vigente en la serenidad de Palencia, parecen los días milagrosamente iguales. Llega el alba con un revuelo de campanas que requiebra a las piedras solitarias, y las almas madrugadoras se desperezan por los maitines. La hora prima es tan solo de las viejas beatas, de los canónigos tosedores y de los serenos, que terminan su paciente duermevela sin una novedad que participar, pues las noches suelen ser pacíficas. Después habrá que buscar el encanto matinal en la algarabía de los niños que juegan en los "Jardinillos" y en el bullicio de los estudiantes. En cambio, Dios hace la tarde principalmente para que los viejos abuelos calienten sus nostalgias al sol que declina. El anochecer es -como en todas partes- la hora de los enamorados. Los cafés y los cines sufren en Palencia la formidable competencia de los viejos soportales de la Calle Mayor, a cubierto del frío y de la lluvia. Sus bóvedas saben mucho de juveniles escarceos y la insobornable mudez de sus pilares justifica el sosiego de muchos amadores que por allí dijeron sus juramentos verdaderos o falsos.

Así la vida de cualquier día palentino: como arrancada del Dietario que en Bleye va apuntando la poesía y la menuda historia de la ciudad. Monótona vida -aburrida para alguna mente inquieta- manando gota a gota de las fuentes de Dios con la mansedumbre de una oración eterna.

Pero debo confesar que el fragmento anterior, con su tufillo romántico y esteticista, es un texto copiado. Se lo tomo a su autor, que fui yo mismo... hace un cuarto de siglo. Por entonces los mozos éramos muy dados a las migraciones amorosas de cada domingo; los de Cerecinos iban a cortejar a Benavente, los de Ponferrada a Cacabelos, los de Cacabelos a El Barco de Valdeorras. Algunos de León marchábamos a Palencia que era isla virginal y maravillosa porque las chicas, muchas y guapas, no tenían estudiantes como las de Valladolid, ni aviadores como aquellos de petulante azul que bajaban cada sábado a nuestro bar Imperio, se hacían limpiar la botas, tomaban una combinación, y a bailar; ésta quiero, ésta no quiero. En Palencia bailábamos todos. Y uno, además, se traía su soneto o su glosa. Valentín Bleye me escribió a raíz de aquel artículo, y empezamos a ser amigos en el común amor a la "Ciudad Abierta", que bautizó Unamuno. Luego, con su libro justamente llamado "Rapsodia", Bleye hiló un dechado poético sobre el atardecer estival a la vera del cementerio viejo, las figuras esperpénticas de Manolo el Gitano y el Birria, el color del Corpus en la ciudad, el gusto de un día navideño en Calabazanos...

Bleye se nos fue para siempre. Si no, acaso tuviera yo carta a raíz de estas hojas de hoy. Ya puestos a imaginar, puede que él y yo nos viéramos mohínos de que a la poesía vayan a cercarla con ruidos y prisas. Pero luego nos arrimaríamos a las fuerzas vivas -obispo por delante-, y alzaríamos las copas, como todo hijo de vecino, por la buena nueva que ha enardecido a Palencia y a su periódico. Igual que en "El Rey ha muerto/viva el Rey" coinciden el amor hacia el monarca ido y la esperanza para el venido, aquí cabría decir "Palencia ha muerto" (la de los miradores), "Viva Palencia" (la de los motores).